



THE
HOLE
HARD SCIENCE FICTION

BRANDON Q. MORRIS

Un objeto misterioso amenaza con destruir nuestro sistema solar. La supervivencia de la humanidad está en peligro, pero nadie se toma en serio las advertencias de la joven astrofísica Maribel Pedreira. Al mismo tiempo, una tripulación exiliada de parias extraen minerales raros en un solitario asteroide.

Cuando otros científicos finalmente reconocen el alarmante descubrimiento de Pedreira, queda claro que estos marginados sociales son los únicos que podrían ser capaces de salvar nuestro mundo, sabiendo que *The Hole* va inexorable y a toda velocidad hacia el sol.

El agujero



1 de enero de 2072 Asteroide 2003 EH1

Doug estaba temblando. Miró la pantalla de su brazo derecho. El calefactor estaba funcionando a toda potencia, así que no era que su tecnología fuera defectuosa, y eso resultaba reconfortante. Siempre sentía frío justo después de levantarse. Entonces, ¿por qué insistía en ver amanecer? Hacía un momento había oído a Sebastiano montando ruido. El italiano debía estar en la cálida cocina, preparando la comida de Año Nuevo sobre la que había estado desvariando durante días. María estaría en la ducha, el agua caliente salpicando todo su cuerpo. Debería estar haciéndole compañía en vez de dar vueltas por la oscuridad.

«Pero ¿por qué esperar?», pensó Doug. Decidió dar unos pasos hacia el sol y la lámpara de su casco le mostró el camino. Aunque conocía casi cada metro cuadrado de su hogar temporal, un asteroide puede cambiar igual que un ser humano. La fisura que estaba ahora delante de él había sido solo una estrecha grieta cuando llegaron hacía dos años. Ahora medía siete u ocho metros de ancho y era comparativamente profunda. Doug se impulsó con un poco más de fuerza de lo normal para dar un salto hacia delante, y flotó hacia el otro lado. 2003 EH1 no era lo bastante pesado como para atraerle con su gravedad. Un salto mal pla-

neado —hacia arriba y con demasiada fuerza— haría que Doug pasara de ser astronauta a convertirse en pequeño objeto interplanetario. El gran contenedor con forma de botella de su espalda no solo le proporcionaba aire respirable, sino que también hacía las veces de *jet* de emergencia. Si saliera volando hacia el espacio, podría usar su segunda boquilla de gas como un *jet* en miniatura para maniobrar y volver a estar a salvo.

«Otros diez metros o así», estimó Doug. La roca negra que había frente a él pareció ganar un reborde dorado, y se detuvo. «Pasará pronto». Un punto de luz blanco amarillento surgió por encima del reborde. Tras unos segundos se convirtió en un semicírculo, y luego en un círculo. ¡El primer amanecer del Año Nuevo! Doug contuvo el aliento. Le hubiera gustado experimentarlo en el majestuoso silencio del espacio, pero su traje espacial inevitablemente hacía ruido, aun cuando estaba conteniendo el aliento. Sus oídos aún percibían zumbidos, siseos y crujidos, mientras el sol subía despacio en el negro firmamento.

Sin la radiación del sol, él y su tripulación no podían sobrevivir, como se evidenciaba por los módulos solares que tenían junto a la nave. Ahora mismo estaban siendo golpeados por los primeros rayos que les proporcionaban energía. Pero ahí fuera, la lejana estrella no se parecía en nada a la madre dadora de vida que Doug recordaba de la Tierra. No, era más bien un visitante accidental a quien no le importaban mucho los habitantes del asteroide 2003 EH1. Esto se debía, con toda probabilidad, a la intensa negrura del espacio que parecía absorber toda la luz. El sol pintaba el cielo de la Tierra con tonos cálidos, pero el espacio permanecía completamente negro. Doug levantó un dedo enguantado y cubrió el disco del sol con él. Si no fuera porque estaba viendo las largas y afiladas sombras sobre la superficie, bien podría ser de noche. Solo había un deslumbrante brillo y una absoluta oscuridad. Llevaba volando por el espacio más de treinta años, pero nunca se había

acostumbrado por completo a este contraste extremo, o a la negrura de la oscuridad. El disco solar, cinco veces más grande que conocía de la Tierra, había llegado a estar incrustado en la memoria colectiva de la humanidad.

Doug miró en derredor. Ahora que veía el sol, la Tierra no podía estar muy lejos. La buscó y encontró unos puntos blancos que eran posibles candidatos, pero no conseguía decidirse por uno específico. Debería haber descargado el actual mapa celeste antes de salir, pero su mente no había estado muy organizada tras despertar. El segundo punto más brillante debía de ser Júpiter. A vuelo de pájaro, el planeta gigante debía estar, a grandes rasgos, tan lejos de él como lo estaba de la Tierra.

Doug se rio de sí mismo, notando la extraña expresión que había usado. Un pájaro ciertamente no podía volar entre su posición y Júpiter, ya que no había más aire que el contenido en su tanque de presión. Biológicamente hablando, el asteroide sobre el que viajaban estaba muerto. En algún momento había sido un cometa pero, durante su vida, la radiación solar lo había desprovisto de la mayor parte de su material volátil.

Doug se sentó y pasó su guante por la delgada capa de polvo que cubría la quebradiza roca. Levantó unos restos y los frotó entre sus dedos. Caerían despacio al suelo —tardando varios días o, tal vez, incluso semanas— porque la gravedad del asteroide era muy baja. Estas partículas contenían carbono, nitrógeno, oxígeno y sílice, pero también metales valiosos y tierras raras, y todos esos en concentraciones considerablemente más altas que en la Tierra. De ahí su razón para estar allí: iban viajando por el espacio sobre un cofre del tesoro volante. Doug estaba contando los días. El equivalente de otros mil cien días terráqueos y todos serían ricos.

—¿Pueden los caballeros venir a desayunar, por favor?

La voz de María en la radio de su casco sonaba molesta, pero sabía que en realidad no estaba enfadada. Eso era

parte del ritual diario. Normalmente desayunaban en el módulo que llamaban el «salón», ya que Sebastiano trabajaba casi toda la mañana en la cocina y no permitía que nadie entrara. Hoy, había sido una casualidad que la salida del sol y el comienzo de su día coincidieran. Aún establecían su ritmo de vida siguiendo las horas de la Tierra, mientras 2003 EH1 rotaba una vez alrededor de su eje cada setecientos cincuenta y seis minutos: 12,6 horas de la Tierra.

—Ya voy —respondió Doug mientras se ponía de pie y le daba la espalda al sol. Su sombra era tan larga que casi llegaba a la nave. Kiska consistía de un módulo de mando redondo y un motor cilíndrico. Se sujetaba al asteroide por medio de cuatro puntales de aterrizaje. Originalmente, la nave espacial solo había sido designada por un código de identificación realmente largo. Doug intentó recordarlo, pero solo conseguía llegar a K76M4. Poco después del despegue, María la había nombrado Kiska, la palabra rusa que significa «gatita».

—¿Estás llegando ya? ¡No te olvides de limpiarte las botas!

—Sí, Masha —respondió, usando su apelativo cariñoso—. Espera un momento.

Doug se impulsó y se dirigió hacia la nave espacial. Sus habitaciones estaban detrás, en una profunda depresión cilíndrica que habían excavado específicamente poco después de aterrizar allí. De esa forma, el asteroide les protegía de un modo óptimo contra meteoritos y radiación cósmica. El ordenador calculó que su riesgo de ser golpeados era más bajo de una décima parte del uno por ciento... para toda la duración de su viaje.

Doug miró a su alrededor mientras se deslizaba despacio a través de la abrupta superficie del asteroide. Delante, podía ver hasta varios cientos de metros, pero si miraba a la derecha o a la izquierda, el horizonte estaba a solo cincuenta metros de distancia. Si girara noventa grados y rodeara el asteroide a ese ritmo, regresaría a su posición ac-

tual en no más de media hora. En esencia, iba levitando sobre la porosa superficie marrón, rojiza y gris de una enorme roca con forma de puro que iba a toda velocidad por el universo a muchos kilómetros por segundo. No obstante, el mundo a su alrededor semejaba haberse detenido.

La nave pareció hacerse más grande mientras se acercaba. Doug se sujetó a uno de los pilares de aterrizaje y detuvo su avance. Kiska se cernía sobre él como un edificio de ocho pisos. Los puntales estaban anclados al asteroide, pero incluso sin su ayuda la nave se quedaría allí, sólida como una roca, debido a su gran masa. Eso le daba a Doug una sensación de seguridad. A pesar de la casi nula gravedad, no podía derribar Kiska de un empujón, del mismo modo que un insecto volador no podía golpear a un ciclista y derribarlo de su bicicleta.

El pilar de acero de la nave parecía nuevecito. Doug lo tocó con su guante y se dio cuenta de lo mucho que engañaba su apariencia. Aunque el metal no se oxidaba, podía sentir los diminutos impactos creados por micro meteoritos. Este no era el primer viaje de Kiska, pero bien podría ser el último; todo dependía de los precios de los materiales puros que estaban extrayendo. Si los tres tuvieran suficiente dinero en sus cuentas, llegados a ese momento, podrían jubilarse. Doug suspiró. Igual que la nave, se estaban haciendo viejos.

Soltó el poste de sujeción de Kiska y descartó sus pensamientos. Entonces rodeó la nave despacio. A cinco metros, unos escalones le llevaron hacia abajo. Usó la barandilla para descender, una necesidad biomecánica debido a la falta de ayuda de la gravedad. La barandilla era esencial para subir las escaleras con seguridad, para evitar que un impulso les enviara al espacio.

La línea del techo de sus habitaciones estaba marcada con LEDs que parpadeaban con un ritmo relajante. Cuatro líneas de colores llevaban desde el borde hasta el centro, donde estaba situado el compartimento estanco. La escoti-

lla se hallaba abierta. Doug no se había molestado en cerrarla al salir. Si María se enterara, le reñiría, aun cuando no veía motivos para cerrarla, ya que nada existía allí, ni clima ni humanos. Los tres miembros de la tripulación eran los únicos seres vivos conocidos en un radio de, al menos, seiscientos millones de kilómetros —cuatro veces la distancia que había entre la Tierra y el sol.

Doug se detuvo un momento antes de entrar. Kiska arrojaba una larga sombra que caía directamente sobre sus invernaderos. Las luces verdes de la entrada indicaban que la tecnología funcionaba de modo correcto. Si no fuera así, María ya estaría dentro del exoesqueleto de reparaciones para solucionar el problema.

Doug metió un pie en la escotilla, como lo había hecho miles de veces antes. No obstante, la voz robótica le seguía sorprendiendo.

—Bienvenido al compartimento estanco de Kiska. Por favor, cierre la escotilla para que la presión pueda igualarse.

Tras el aterrizaje, María había copiado el *software* automático de Kiska. No podían permitirse un auténtico IA. A excepción de que el programa no podía aprender dónde estaba localizado, hasta el momento, había realizado sus tareas bien. Eso incluía activar las tiras de luces rojas en los bordes de la cámara con forma casi cuadrada. Estas no generaban suficiente luz para ver todos los pasadores y botones del traje espacial, pero eso era probablemente intencional, ya que la habitación aún no se había llenado de aire. Doug se impulsó y flotó hacia el techo para cerrar la escotilla.

—Escotilla cerrada —confirmó la voz automatizada—. Estableciendo presión del aire.

Doug estaba tarareando una melodía que había surgido de repente en su cabeza. No recordaba ni el título de la canción ni la letra. La melodía hacía que sonara como una canción *country*. Sonrió, ya que nunca le había gustado el *country*. La exposición a la radiación, durante su larga ca-

rrera como astronauta, debía haber afectado gradualmente sus pequeñas neuronas.

—Presión del aire establecida —oyó.

En ese mismo instante, la iluminación se tornó blanca. Doug comenzó a quitarse el traje espacial. Empezó por el casco, seguido de la parte superior, llamada Torso Rígido o HUT, y finalmente la parte inferior, que estaba fabricada con un material flexible. Se dejó puesto el LCVG, o Traje de Ventilación y Refrigeración, una especie de ropa interior que regulaba la temperatura. A María le gustaban las temperaturas frías dentro de la estación; tal vez estaba acostumbrada a ellas por el largo periodo de tiempo que había pasado viviendo en Siberia. Sebastiano se pasaba la mayor parte del tiempo en la caldeada cocina de todos modos, así que Doug era el único que tenía que abrigarse. ¿Y qué era más adecuado para ello que el LCVG, que incluso podía mantener a raya el frío del espacio? Estaba acostumbrado a que María se metiera con él por ello a veces.

—¿Te has acordado de limpiarte las botas? —La voz de María sonaba más fuerte que antes, procedente de los auriculares del casco que había situado en el suelo.

Doug sacudió la cabeza. No, no lo había hecho.

—Claro, por supuesto. —Había un cubo y un trapo en una esquina de la habitación, y Doug se inclinó sobre él—. Mierda —dijo con voz queda. Ahí estaba la respuesta a por qué debería haber cerrado la escotilla. El cubo había estado medio lleno de agua, pero el continuo vacío había provocado que se evaporase. Sin embargo, el trapo aún parecía húmedo. Doug volvió a ponerse su guante derecho, cogió el trapo y se limpió las botas. María afirmaba que, de otro modo, tras sus excursiones, dejaría un rastro de suciedad en sus habitaciones. No podía imaginar que unas motas de polvo supusieran un problema real, pero si eso la hacía feliz, pues se limpiaría las botas. «Vive y deja vivir». Ese era el único modo de que tres personas sobrevivieran más de cinco años apretujados en sesenta metros cuadrados.

Bueno, también necesitaban algunas otras cosas; por ejemplo, buena comida, que era para lo que Sebastiano parecía vivir. Doug lo había deducido cuando examinó el archivo de solicitud del italiano. Shostakovich le había dado acceso cuando Doug estaba intentando reunir una tripulación al principio. Aún se refería a Sebastiano como «el chico», aunque con cuarenta y nueve años de edad, el italiano solo era siete años más joven que él mismo. A los veinte, Sebastiano había sido piloto de combate; a los veintiséis, voló en su primera misión espacial para la ESA; y luego, de repente, se convirtió en experto en pizzas en el restaurante de su familia. Doug no había hecho más preguntas. ¿Con qué frecuencia encuentras un cocinero con experiencia espacial que sabía hacer algo más que abrir tubos y meter bolsas de plástico en agua caliente?

—Chicos, ¿podéis ser tan amables de venir al salón? ¡Tengo hambre!

Ahora María sonaba molesta de verdad y tenía que darse prisa. Una luz verde ya parpadeaba sobre la puerta del compartimento estanco. Doug giró la rueda varias veces a la izquierda y, luego, empujó el pesado metal hacia fuera. Se abrió con un chirrido. En este nivel, el superior, solo había salas de almacenaje debido a temas de seguridad. El camino hacia abajo pasaba por un agujero redondo en el suelo, con un poste adherido a su borde. Se suponía que era para ayudarles a subir y bajar con más rapidez, pero para Doug era principalmente una fuente de numerosos moretones. Los demás se reían de él porque era muy torpe en gravedad cero, incluso con su larga experiencia de vuelo por el espacio.

Para evitar el siguiente moretón, Doug descendió despacio. Había cuatro puertas en los cuatro cuadrantes del segundo nivel. La puerta del cuarto de baño estaba abierta, y de allí salía un poco de vapor. Era obvio que María acababa de terminar de darse una ducha caliente. A la derecha del cuarto de baño estaba la habitación de María, su propia

habitación se hallaba a la izquierda, y la que estaba detrás de él pertenecía a Sebastiano. Sin embargo, este a veces prefería dormir en la cocina. A pesar de todos los efectos molestos de la gravedad cero, allí al menos tenía la ventaja de que no necesitabas en absoluto una cama para dormir.

La totalidad del tercer nivel consistía en el «salón». El nombre se le había ocurrido a María. En realidad, era una sala multifuncional para actividades que no generaban humedad o suciedad. Era allí donde estaba el equipo de deporte, sobre los que tenía que sufrir durante casi un tercio de cada día. En esta habitación, María también tenía su rincón de televisión, donde se pasaba horas viendo programas retransmitidos desde la Tierra, y donde a Sebastiano le gustaba jugar al ajedrez contra sí mismo cuando no estaba ocupado cocinando.

El italiano y María ya se encontraban sentados alrededor de la gran mesa en el lado derecho de la sala. Doug se dio prisa, pero luego frenó su avance ante el respaldo de su silla y se sentó. María le sonrió. Sabía que en realidad no estaba molesta. Comenzó a servir café y, para hacerlo, María se levantó ligeramente. Pudo oírse un sonido como de desgarrar, provocado por una tira de Velcro que se separó. Eso también había sido idea suya, para simular una vida diaria relativamente normal. En vez de gravedad, diminutos ganchos elásticos les sujetaban a sus sillas. Doug se acostumbró a ello con sorprendente rapidez, y para entonces María había cosido tiras de Velcro a casi todas sus prendas.

—¿Puedes pasarme tu taza, por favor?

Doug la sostuvo. Maríaladeó la cerrada cafetera hasta que la boquilla estuvo apuntando directamente sobre su taza. Luego le dio un ligero empujón.

—Perfecto, como siempre —dijo Doug y María sonrió. Exactamente la correcta cantidad de café se movió en línea recta por el aire desde la cafetera hasta la taza. Dougladeó su taza un poco, y así el café caliente golpeó la abertura y siguió la curvatura de la taza. Si Doug hubiera sostenido

una taza normal, esta habría vuelto a salir, pero el borde de esta taza en particular estaba curvado hacia dentro. Como una ola en la playa, el chorro de café se frenó como si fuera una onda de regreso que frenase a su vez a las olas recién llegadas que rodaban hacia la orilla. Hasta ahora, solo habían derramado el café tres veces, y siempre había sido culpa de Doug.

—Gracias —dijo.

María también le sirvió café al italiano y luego volvió a sentarse. Sebastiano nunca desayunaba.

—¿Y qué tal la salida del sol? —preguntó.

—Genial —dijo Doug con una sonrisa. Se preguntó con cuánta frecuencia le había hecho esa misma respuesta. «¿Cien veces? ¿Ciento cincuenta?». A pesar de ello, su sonrisa era genuina y le alegraba el interés de Sebastiano. Ciertamente había sido muy afortunado de estar en el lugar correcto en el momento adecuado para reunir a la tripulación perfecta. ¡Él, de entre toda la gente! En realidad no se merecía tanta suerte porque había hecho daño a muchos, a veces por accidente y otras porque no podía evitarlo, como a su primera esposa, a quien había engañado con su mejor amiga. Él había herido a otros intencionadamente, bien por envidia o celos, o en otros casos porque Shostakovich le había pagado bien para hacerlo.

«¿Puede esto durar?», se preguntaba. Las cosas habían ido bien durante más de dos años y eso le asustaba. En algún momento, le llegaría la hora de pagar sus cuentas. Simplemente no podía sacudirse esa sensación.

María puso su mano sobre la suya. La miró.

—Tu *kasha* se está enfriando —dijo ella, empujando su mano hacia la cuchara. Delante de él había un bol de gachas de alforfón. Era lo único que María sabía cocinar. Doug no soportaba el sabor del *kasha*. Sebastiano eligió probablemente no desayunar porque sentía lo mismo. Pero como un buen chico, Doug se tomaba las gachas de su bol... por María.

Ella se había enamorado de él, admitió una vez, porque se había comido todo un bol de gachas de alforfón a instancias suyas. Eso fue poco después de que la hubiera contratado como ayudante para cinco años y medio en 2003 EH1 en su «hogar», en lo más profundo de Siberia, en un burdel de Tsiolkovsky, donde Shostakovich operaba su puerto espacial. María había accedido, aun cuando apenas le conocía y era bastante consciente de lo que supuestamente implicaría su trabajo. Ella también se lo explicó más tarde con términos más prácticos. A los de cuarenta y dos años, sus años en «la profesión» eran limitados, y un fondo de pensiones de tres cuartos de millón de dólares —basado en los precios del mineral de aquella época— era justo lo que necesitaba. Nadie había esperado que se enamorara de él.

A veces Doug consideraba la alternativa. ¿Un cocinero para proporcionarle buenas comidas? ¿Una mujer solo para el sexo? ¿Habría funcionado a largo plazo? En esa época, ni siquiera podía imaginarlo. Debía haber sido muy estúpido por aquel entonces.

Se limpió la boca con la mano izquierda. Comer gachas de alforfón en gravedad cero no era fácil. Al principio, a menudo distribuía el contenido de la cuchara por toda su cara. Ahora ya había dominado el método. Siempre tenía que sostener la cuchara en modo vertical hacia la dirección del vector de aceleración. Doug no era exactamente un genio de las Matemáticas, pero conocía el vector de aceleración, la flecha que apuntaba en la dirección del cambio en la velocidad, porque era piloto. Cuando se dio cuenta de ello, comer en microgravedad ya no era un problema. Ni tampoco el sexo. Doug sonrió para sí pensativo.

—¡Mierda! —gritó. Un chorro de líquido caliente golpeó su mejilla. Durante un segundo no había prestado atención. María y Sebastiano se estaban riendo.

—¿En qué estás pensando hoy? —preguntó ella mientras le tendía una servilleta de tela.

—No lo sé... Gracias.

—¡Debe de ser por la fecha! —dijo Sebastiano al levantarse de la silla—. Por si se os ha olvidado, ¡hoy empieza un nuevo año! Tengo una sorpresa para vosotros dos. —Metió la mano debajo de la mesa y sacó una botella que debía llevar un buen rato flotando allí.

—¿Tienes qué? —María miraba la botella con la boca abierta.

Sebastiano le dio un ligero empujón y la botella flotó hacia María.

—Auténtico champán de Crimea. Lee la etiqueta tú misma. No fue fácil conseguirlo.

—Sí, no hay muchos supermercados ahí fuera —respondió Doug.

—Lo compré en la Tierra. Estaban bautizando una nave en la plataforma de despegue junto a Kiska. Así que me dirigí hacia allí en mi silla de ruedas, y nadie puede negarle nada a un tullido —dijo mientras señalaba sus piernas.

—Eres el mejor —exclamó Doug.

—Podrías haber disfrutado de la botella tú solo —dijo María—. Y aún puedes hacerlo, si lo deseas.

—De ninguna manera —respondió Sebastiano—. No habría guardado una botella durante dos años para, luego, bebérmela yo solo. Eso se hace con amigos, y como ya casi hemos llegado a la mitad de nuestro tiempo aquí, hoy es la oportunidad perfecta.

—Bien —dijo María.

Doug vio tal alegría sincera en su rostro que casi le hizo llorar. María podía ser feliz de un modo que envidiaba.

—Pero ¿cómo se abre una botella de espumoso en gravedad cero? —preguntó Sebastiano.

—Tú eres el cocinero, amigo mío —respondió Doug.

—Un cocinero no es un camarero.

—¿Qué te preocupa? —preguntó María—. Tenemos una presión del aire perfectamente normal aquí dentro. Si